

Anotaciones para un estudio de la novela de la Violencia en Colombia

Óscar Osorio

Resumen

La Violencia (1946-1965) fue el primer escenario de violencia generalizada de este siglo en Colombia. Este fenómeno dejó el recuerdo pavoroso de sus más de docientos mil muertos, junto a un país arruinado política y moralmente. Los escritores (nóveles y consagrados) dejaron constancia de ello en una ingente novelística que ha sido, en su mayoría, negativamente sancionada y, en general, mal estudiada. Para construir un juicio crítico desapasionado y un estudio riguroso de dicha literatura se hace necesario, en principio, precisar unos criterios que permitan delimitar con claridad el corpus de novelas que la integran.

Abstract

The Violence (1946-1965) was the first arena of generalized violence in Colombia this century. This phenomenon left the terrifying memory of its more than two hundred thousand deaths, together with a country ruined politically and morally. The writers (novels y consecrates) left evidence of this in an enormous body of work that has been, in large part, negatively sanctioned and, in general, poorly researched. To construct a dispassionate critical judgment and a rigorous study of this literature it is necessary, in principal, to outline some criteria that will permit a clear delineation of the corpus of novels that integrate it.

Resume

O presente artigo apresenta uma série de problemas que a crítica literária colombiana deve assumir no momento de enfrentar a tarefa de realizar uma nova visão da história literária no país. Apartir de propostas da Teoria Literária de Gênero e o Multiculturalismo, se formulam uma série de críticas ao cânon literário colombiano e também aos processos de recepção e seleção das obras. Se observa como, apartir de paradigmas tradicionais, se silenciou muitas vezes propostas literárias que é necessário ter em conta. O artigo propõe igualmente pontos centrais sob os quais é necessário examinar a escritura de autoras no nosso âmbito cultural.

Palabras Claves

Novela de la Violencia
Literatura Colombiana

Palavras Claves

Romance da Violencia
Literatura Colombiana

Key Words

Novel of violence
Colombian Literature.

1

Se conoce como la Violencia, con primera letra mayúscula o bastardillas, el enfrentamiento armado ocurrido en Colombia entre los años 1946 y 1965¹. “El vocablo alude a unos 20 años de crimen e impunidad facilitados por el sectarismo (1945-1965), que dislocó la vida de decenas de miles de familias y comunidades.” (Palacios, 1995,193) Este conflicto

interno, que algunos han calificado de guerra civil, puede dividirse para su estudio en tres fases o etapas: 1. Del sectarismo político (con tres grandes momentos: a. los dos primeros años del gobierno de Ospina Pérez, b. el bogotazo, c. la agudización del conflicto en la segunda parte del gobierno de Ospina Pérez y durante el gobierno de Laureano Gómez); 2. El gobierno militar de Rojas Pinilla; 3. El Frente Nacional.

La primera fase, se inicia con la llegada de los conservadores al poder, después de dieciséis años de hegemonía liberal. Ospina Pérez gana las elecciones gracias a la división del Partido Liberal en dos candidatos: Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Ospina Pérez promueve un gobierno de unión nacional, con participación en el gobierno de los dos partidos políticos mayoritarios: Liberal y Conservador. Este esquema de gobierno se sostiene durante los primeros trece meses de su mandato, pero la presión de los caciques locales que imponían la violencia política como modo de consolidar el poder económico y político en las regiones, y la presión de los conservadores más sectarios para hacer un gobierno de partido dio al traste con el gobierno de unión nacional. La violencia fue haciéndose cada vez más intensa y llegó a su clímax con la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948 a la 1:05 de la tarde.

¹ No hay consenso sobre estas fechas. Para algunos historiadores el periodo va de 1947 a 1967, para otros de 1947 a 1958, para otros de 1948 a 1965, etc. Nos acogemos al periodo de 1946 a 1965 porque la primera fecha (1946) marca el ascenso de los conservadores al poder y con ello el brote del conflicto y su rápida agudización, y la segunda fecha (1965) marca la aparición de las guerrillas modernas y la desaparición o transformación de las últimas bandas y guerrillas liberales.

La muerte de Gaitán generó un levantamiento armado que tuvo diferentes expresiones en el territorio nacional, pero en Bogotá se vivieron los sucesos más estremecedores. Este levantamiento, que quiso ser revolución, terminó en el desorden y la anarquía, en el pillaje y la embriaguez, en el asesinato y la destrucción. Mientras las hordas sin dirección mataban y se hacían matar, incendiaban y destruían, se emborrachaban y blasfemaban los líderes del Partido Liberal negociaban, en Palacio, la rebelión. El precio fue la restauración del gobierno de unión nacional, que había fracasado meses antes (1). Centenares de muertos en las calles, Bogotá semidestruida y el dolor de un pueblo que sintió que se desvanecía su última esperanza de redención social en la traición de sus líderes fueron las marcas del bogotazo. La muerte de Gaitán quedó en la impunidad, como todos los magnicidios en este país, pero la herida abierta por su muerte y por los desarrollos desafortunados del 9 de abril no se cierra todavía en la conciencia de los colombianos.

Este nuevo esquema de gobierno con participación bipartidista acordado el 10 de abril se rompería meses después por razones similares a las que causaron su derrumbamiento en la primera parte del gobierno de Ospina Pérez. La violencia arreció y tuvo expresiones en todo el territorio nacional. Los liberales se retiraron de la contienda electoral por falta de garantías y “el 27 de noviembre [1950] se llevaron a cabo las elecciones, al amparo de las bayonetas. Laureano Gómez, único candidato, fue elegido presidente por 1.026.408 votos. De esta manera se da inicio a una represiva dictadura civil.” (Reyes, 1989, 32)

El gobierno de Laureano Gómez radicalizó su posición y promovió la aniquilación física de los liberales para restaurar el orden, la religión y la familia conservadora. Gran parte de la clerecía lo acompañó en este propósito y la violencia adquirió cimas delirantes. El gobierno de Gómez² marginó del poder incluso a otros sectores de su partido, afianzó el proceso de centralización y conservatización de la policía, y la puso al servicio de la destrucción física y moral de los liberales. Los caciques locales, protegidos por el gobierno, incrementaron las bandas de asesinos conservadores que contaban con el apoyo, encubierto unas veces y público otras, de esta policía llamada chulavita porque su simiente fue el reclutamiento de los asesinos conservadores más sectarios en la región de Chulavo, en Boyacá. Los liberales habían reaccionado organizando bandas de resistencia armada, conocidas como “la chusma”, pero el enfrentamiento entre bandas ocurría pocas veces. La realidad era que estas bandas atacaban con preeminencia la población civil inerme: Las bandas liberales

² A poco más de un año de gobierno y por motivos de enfermedad, Gómez dejó el poder en manos de Urdaneta Arbeláez, pero siguió siendo figura determinante de las políticas de gobierno.

atacaban pueblos, regiones conservadoras y aniquilaban a sus pobladores, y las bandas conservadoras atacaban pueblos, regiones liberales aniquilando a sus habitantes. La policía chulavita hacía lo propio contra los liberales. Más de doscientas bandas actuaron durante este período.

La violencia exacerbada, la división del Partido Conservador en posiciones irreconciliables, la falta de garantías y la persecución política a los jefes liberales, llevaron al golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla que sacó a Gómez del poder el 13 de junio de 1953. Con el golpe de Estado se inicia la segunda fase del conflicto. La llegada de Rojas Pinilla al poder fue recibida como una liberación del yugo del terror sembrado por “el monstruo” Laureano Gómez. “El salvador” Rojas Pinilla llegó al poder apoyado por los conservadores ospinistas y alzatistas, por los liberales, por la iglesia, por el pueblo, por la oligarquía. Los únicos que no lo apoyaron fueron algunos laureanistas y los comunistas.

Rojas Pinilla inicia inmediatamente un proceso de pacificación exitoso. Amnistías e indultos desarmaron algunas de las principales bandas y el discurso de la paz y la justicia cobró inusitado brillo. Pero poco más de un año después la violencia se impuso de nuevo con una fuerza arrasadora. Las bandas de pájaros y asesinos conservadores habían continuado su acción con la connivencia de las fuerzas de policía y el auxilio de los caciques locales. La amnistía no fue respetada y centenares de excombatientes liberales fueron asesinados en estado de indefensión por las fuerzas armadas. Los sobrevivientes volvieron a reagruparse, ampliaron sus guerrillas y regresaron a la contienda.

Otro actor político se hacía sentir con fuerza: los estudiantes. El 8 de junio de 1954, en una manifestación que conmemoraba la muerte de un estudiante un año antes, fue asesinado otro estudiante; y al día siguiente, cuando los muchachos protestaban este nuevo homicidio, fueron asesinados otros estudiantes.

La masacre de estudiantes el 8 y 9 de junio de 1954 y la de la plaza de toros en febrero de 1956 se constituyeron en símbolos de la resistencia. La persecución selectiva a líderes estudiantiles, sindicales y de izquierda terminó de borrar el sueño de la paz. En esta fase se mantiene la acción de las bandas contra la población civil, pero se fortalece la persecución y confrontación directa a las bandas de liberales por parte de las fuerzas armadas y de policía. Algunas de estas guerrillas habían ido fortaleciendo un discurso de reivindicación social que las alejaba del vandalismo, de la venganza, y las inscribía en la lógica de las guerrillas revolucionarias.

El gobierno supuestamente transitorio de Rojas Pinilla mostró síntomas de perpetuarse en el poder y perdió el respaldo de los líderes de los dos partidos políticos. Buscó entonces fortalecer el apoyo popular en la consolidación del binomio pueblo-Fuerzas Armadas y fundó la Tercera Fuerza, haciendo que el pueblo le jurara lealtad a las Fuerzas Armadas. Esta acción fue interpretada por la iglesia como una blasfemia y le retiró el respaldo al gobernante. Los empresarios,

de la mano con la iglesia promovieron un paro inusitado y el 10 de mayo de 1957 Rojas dejó el poder en manos de una junta militar que se encargaría de hacer el tránsito a un gobierno de elección popular.

La caída de Rojas fue orquestada por Alberto Lleras Camargo, jefe del Partido Liberal, y Laureano Gómez, en el exilio. Estos dos jefes suscribieron la declaración de Benidorn, que constituyó la estrategia de un “frente civil” de los dos partidos para derrotar la dictadura. Después de la caída de Rojas los puntos esbozados en dicha declaración fueron recogidos en el “Pacto de Sitges” que sentó las bases del Frente Nacional. Este acuerdo se materializó después con la alternación del poder entre liberales y conservadores durante cuatro períodos presidenciales. El primer gobierno del Frente Nacional abre la tercera fase de la violencia.

El Frente Nacional hace renacer las esperanzas de paz. Pero el propósito real de dicho acuerdo era garantizar la permanencia en el poder de la oligarquía colombiana. Las casi fantasmales diferencias ideológicas entre conservadores y liberales desaparecieron prácticamente, las castas dominantes minimizaron sus diferencias y se hicieron más excluyentes. Las bandas que aún operaban se pusieron al servicio de los caciques locales; las guerrillas liberales fueron apoyadas, en oculto, por movimientos de izquierda como el MRL (Movimiento Revolucionario Liberal) y la ANAPO (Alianza Nacional popular). Pero pronto se quedaron sin el respaldo de sus jefes y tuvieron que resolver si desaparecían o se constituían en guerrillas de izquierda o en bandas de delincuentes. A unas y otras las perseguirían las fuerzas militares y de policía.

Por el lado de la confrontación civil, el mecanismo excluyente del Frente Nacional fortaleció las organizaciones sindicales, estudiantiles y las expresiones de izquierda. El Frente Nacional reaccionó bloqueando todos los caminos de participación política, y estos actores políticos tuvieron que actuar desde la ilegitimidad, fortaleciendo el descontento social y la acción política clandestina. Muchos se incorporaron a las guerrillas. Las Fuerzas Armadas se especializaron en el conflicto interno y en la persecución y desaparición selectiva. Esta fase se cierra con la aparición de las guerrillas modernas: las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), en 1964, como respuesta al ataque de Marquetalia organizado por el presidente Guillermo León Valencia, y con base en las guerrillas liberales; el ELN (Ejército de Liberación Nacional), en 1965, con una mayor presencia estudiantil y una marcada influencia de la Revolución Cubana y de la figura del Che Guevara; y el EPL (Ejército Popular de Liberación), en 1965, por una disidencia del Partido Comunista.

El balance de la Violencia es dramático: Más de docientos mil muertos, extensos cinturones de miseria en las ciudades por cuenta del desplazamiento forzoso, el tejido social descompuesto, enriquecimiento y acumulación de capitales de la oligarquía, empobrecimiento extremo y pauperización de las clases populares.

La oligarquía colombiana se lavó las manos y asignó toda la responsabilidad

social al campesinado ignorante. Así, para esquivar su responsabilidad en la hecatombe, el Frente Nacional intentó instaurar el olvido social sobre este fenómeno imponiendo este relato mentiroso.

Una de sus condiciones no escritas [del Frente Nacional] será la represión de la memoria de la violencia. La experiencia que una gran parte de la sociedad colombiana ha tenido de ella, y la humillación social, se encontrarán encerradas en una infrahistoria que, reducida a los relatos fragmentarios de individuos será expulsada de toda la historia colectiva que posea un sentido. (Pécaut, 2001,44)

Aunque aún no tenemos la clave que nos diga con certeza cuáles fueron las causas y condiciones para que la violencia se desbordara y alcanzara las expresiones de crueldad que se vivieron³, una ingente literatura y múltiples expresiones artísticas dejaron constancia del hecho. Al relato construido por las clases dominantes, según el cual la violencia había sido el producto de una mentalidad primaria, de la ignorancia de un campesinado que se autoaniquiló sin que los gobernantes pudieran evitarlo, un gran sector de la literatura histórica y la literatura de ficción impuso otro: La violencia fue promovida, auspiciada y sancionada por las mismas oligarquías que han gobernado y gobiernan al país desde el siglo pasado, y todas las instituciones del Estado estuvieron al servicio del horror. Los dirigentes políticos locales y nacionales fueron responsables directos de esta barbarie y ninguno de ellos ha asumido esa responsabilidad. A esta denuncia que hacía la literatura de la Violencia, el establecimiento opuso otro mecanismo más sofisticado: esta literatura fue sancionada negativamente como una literatura mentirosa o deleznable. Los periódicos y revistas de la época impusieron este dictamen y hoy seguimos repitiéndolo mecánicamente. Urge, pues, un análisis objetivo y amplio de dicha literatura, urge el análisis de este período dramático de nuestra historia, urge señalar responsables y restaurar la memoria. Si no, los caminos de la paz seguirán siendo el anhelo más profundo de todos los colombianos y el hipócrita propósito electorero de una dirigencia política insensible e irresponsable. Una revisión minuciosa y objetiva de la novelística de la Violencia es un insumo importante para dicho análisis.

³ Un buen listado de algunas de las principales tesis que han intentado explicar el fenómeno se encuentra en el texto de Augusto Escobar *Literatura y violencia en la línea de fuego*, páginas 100-102. Una clave muy importante y que explora nuevos caminos de acercamiento a la comprensión del fenómeno es la tesis esbozada por Alberto Valencia en su texto *La novela familiar de la Violencia en Colombia*.

2

Entendemos como novela de la Violencia la novela cuya diégesis tiene como correlato en lo real este fenómeno histórico. Es decir, aquella novela en donde la historia contada dé cuenta del conflicto armado partidista desarrollado durante los años 1946 a 1965.

En el capítulo VI de su texto *“La novela colombiana, planetas y satélites”*, Seymour Menton plantea que la novelística de la violencia no puede esquematizarse para su estudio porque no se presta “para agrupaciones generacionales, ni temáticas, ni estilísticas”. (220) Menton termina sus consideraciones afirmando que “frente a la imposibilidad de llegar a una esquematización lógica de las cuarenta y siete novelas de la violencia publicadas a partir de 1951, hay que estudiarlas individualmente”. (223) Tiene razón Menton cuando afirma que la novela de la Violencia no se presta para ser estudiada en grupos constituidos por similitudes de estilo, generación o temas, pero disiento de su idea de que ello obligue a su estudio individual. Como veremos más adelante, podemos estudiar la novela de la Violencia en un esquema de cuatro grupos, ateniéndonos al tipo de relación que estos textos proponen entre el hecho literario y el hecho histórico, los “niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia colombiana’”, en palabras de Laura Restrepo.

La mayoría de los estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia coinciden en señalar que el proceso evolutivo de dicha novelística va desde un período inicial en el que hubo una producción inmediatezista, centrada en el hecho histórico, hasta un punto en el cual lo literario se impone y el referente histórico se difumina sustancialmente.⁴ Es necesario hacer la salvedad, y los críticos la hacen, que este movimiento cronológico es una tendencia y no un hecho absoluto, es decir, que desde el comienzo hubo novelas que intentaron dar cuenta del hecho histórico sin perder el norte literario y que ya en la segunda etapa del proceso también continuaron las manifestaciones primarias de la fase inicial. Con algunas diferencias en su concepción del fenómeno podemos señalar, entonces, que estos estudios entienden dos grandes grupos. El primero lo constituyen las novelas que tramitan el hecho histórico de manera directa, con una pobre o inexistente mediación literaria; el segundo bloque lo constituyen novelas que subordinan el hecho histórico al hecho literario. En el desarrollo de ese proceso se da una narrativa que se desprende de la inmediatez histórica y que aspira a una más amplia y compleja interpretación sociológica del hecho histórico, y que, además, no descuida su condición estética, la mediación literaria.

⁴ Véanse los estudios sobre la novela de la Violencia de Gerardo Suárez Rendón, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Laura Restrepo, Lucila Inés Mena, Manuel Antonio Arango, Augusto Escobar.

Hasta allí llega la crítica. Nos parece que hay una literatura que se propone mantener un equilibrio entre el hecho histórico y el hecho literario, una literatura que quiere dejar un testimonio directo sobre los acontecimientos de esta nefanda época sin perder de vista el norte estético, el hecho literario. No hay, pues, en esta literatura una subordinación de lo histórico o de lo literario, sino una gran armonía entre uno y otro, una tensión interna, un punto de equilibrio.

Proponemos, entonces, cuatro grandes grupos para el estudio de la literatura de la Violencia en Colombia. En el primero, hay que considerar obras que subordinan el hecho literario al hecho histórico y se proponen dar testimonio de sucesos reales. Aquí deben estudiarse novelas como *"Viento seco"*, de Daniel Caicedo; *"Quién dijo miedo"*, de Jaime Sanín Echeverry; *"Horizontes cerrados"*, de Fernán Muñoz Jiménez; *"El monstruo"*, de Carlos H. Pareja; *"El 9 de abril"*, de Pedro Gómez Corena.

En el segundo bloque deben estudiarse novelas que intentan superar la inmediatez testimonial a través del análisis sociológico del hecho histórico, y buscando más claramente una dimensión literaria. Aquí pueden estudiarse novelas como *"La calle 10"*, de Manuel Zapata Olivella; *El día del odio*, de José Antonio Osorio Lizarazo; *"El Cristo de espaldas"* y *"Siervo sin tierra"*, de Eduardo Caballero Calderón.

En el tercer grupo, se analizarían novelas que dan prioridad al hecho literario sobre el hecho histórico, algunas de ellas hasta el punto en que la Violencia está marginada de la anécdota principal, como un telón de fondo o un ambiente subyugador. Aquí deben considerarse novelas como *"El coronel no tiene quien le escriba"* y *"La mala hora"*, de Gabriel García Márquez; *"El día señalado"*, de Manuel Mejía Vallejo; *"Mi capitán Fabián Sicachá"*, de Flor Romero de Nhora.

En un cuarto conjunto podemos estudiar novelas que procuran mantener un equilibrio entre lo literario y lo histórico, que vuelven sobre el fenómeno de la Violencia y sus expresiones, pero con claridad sobre que se está recreando el fenómeno desde el texto literario. Aquí se estudiarían novelas como *"Cóndores no entierran todos los días"* y *"El último gamonal"*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal; *"Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón"*, de Albalucía Ángel; *"Noche de pájaros"*, de Arturo Álape; *"Una y muchas guerras"*, de Alonso Aristizábal.

Estas agrupaciones se dan sobre la base del tipo de relación entre el hecho histórico y el hecho literario, examinando el tipo de mediación entre el texto y la realidad. No define esta clasificación ni la calidad estética ni la fidelidad histórica, ello se debe analizar al interior de cada grupo de novelas. Vale la pena insistir en que es una tendencia que el desarrollo histórico de esta narrativa conduzca hacia la búsqueda del equilibrio entre lo histórico y lo literario: Las primeras novelas estaban más sujetas a lo histórico, luego vinieron las novelas con ánimo

de interpretación sociológica, luego las novelas con énfasis en lo literario y desprendimiento de lo histórico, y finalmente las novelas que procuran el equilibrio entre lo histórico y lo literario. Es decir, hubo una real evolución en esta literatura, un aprendizaje generacional. Esto se refiere al conjunto de la producción, pero, ya lo dijimos, hubo excepciones, maravillosas unas y lamentables otras. También se impone aclarar que en todos los grupos coexisten los dos intereses, el histórico y el literario, y que lo que ubica a una novela en uno u otro grupo es su tendencia fundamental, su orientación principal.

Una última anotación se impone, con el propósito de examinar la importancia de esta novelística en la historia de literatura colombiana: Junto con la novela de la Violencia surge la gran literatura colombiana y se inaugura una real tradición literaria en Colombia. En su texto *“La literatura colombiana, un fraude a la nación”*, García Márquez señalaba que “la historia de la literatura colombiana, desde los tiempos de la Colonia, se reduce a tres o cuatro aciertos individuales, a través de una maraña de falsos prestigios”. Insistía García Márquez que no había por los años 50 una tradición literaria fundada ni una literatura nacional. No estamos afirmando que la novela de la Violencia determinó la aparición de la esa gran novela colombiana. No, lo que afirmamos es que cuando surge esta narrativa en Colombia no había una gran tradición literaria, y que los escritores que empezaron a publicar por la época empiezan a fundarla, algunos de ellos haciendo aportes a la novela de la Violencia: García Márquez, Mejía Vallejo, Álvarez Gardeazábal, etc.

3

Con el propósito de precisar el objeto de estudio de una investigación sobre la novela de la Violencia en Colombia se hacen necesarios algunos deslindes:

A. No consideramos novela de la Violencia toda novela que cuenta una historia desarrollada en el cronotopo Colombia 1946-1965. Es condición que la historia desarrollada en ese cronotopo aborde el fenómeno de la violencia política. No entrarían entonces dentro de nuestra consideración novelas como *“Sabor a mí”*, de Silvia Galvis, porque, aunque la novela tiene como telón de fondo histórico el gobierno militar de Rojas Pinilla, la anécdota del texto se desarrolla casi al margen de éste, es decir, el conflicto armado no la determina sustancialmente. O *“Mambrú”*, de R.H. Moreno Durán, cuya diégesis se desarrolla durante el período de Laureano Gómez, con permanentes alusiones a este gobierno, pero las referencias no se concentran en el conflicto armado colombiano sino en la participación de Colombia en la guerra de Corea.

B. No consideramos novelas de la Violencia aquellas que desarrollan diégesis

con cronotopos diferentes al período histórico de la Violencia, aunque su temática sea la violencia entre liberales y conservadores. En la mayoría de estudios sobre esta novelística se incluyen novelas como *"Cien años de soledad"*, *"La casa grande"*, *"Las memorias del odio"*, que son novelas cuya diégesis corresponde a períodos históricos diferentes: guerras civiles del siglo pasado, masacre de las bananeras. En la mayoría de estos estudios no se explica por qué estas novelas son incluidas. Creo que la razón de estas inclusiones, y muy especialmente en lo que se refiere a las obras de García Márquez y Cepeda Samudio, obedecen a la necesidad de justificar la validez y el valor de la novela de la Violencia, toda vez que ésta fue considerada, y algún sector de la crítica sigue considerándola todavía, una literatura de baja categoría. Creemos que aunque un gran número de las novelas de la Violencia padecen de falta de calidad literaria hay un corpus importante de novelas que logran un tratamiento literario de gran calidad estética y narrativa. Novelas como *"La mala hora"*, *"El coronel no tiene quien le escriba"*, *"Siervo sin tierra"*, *"Cándores no entierran todos los días"*, *"El día señalado"*, *"Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón"*, *"Noche de pájaros"* (entre muchas otras) merecen, por sus logros literarios, un lugar importante en la historia de la literatura colombiana.

En su *"Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana"*, Lucila Inés Mena explica la inclusión de novelas como *"Respirando el verano"* y *"Cien años de soledad"* anotando que si bien es cierto que

la acción de las dos últimas novelas termina exactamente en el año en que la violencia se desata con más fuerza sobre Colombia. Sin embargo, lo que nos lleva a considerarlas como las obras más representativas del ciclo de la violencia, es el hecho de que ellas proporcionan una interpretación de este fenómeno socio-político, y una explicación de los odios heredados que marcaron a generaciones enteras de colombianos y que tuvieron su máxima expresión en la época de la violencia. (98)

No compartimos ni la inclusión de la novela, ni las argumentaciones de Mena. Posiblemente por la vía de ese razonamiento tendríamos que incluir en esta categoría muchas otras novelas que trabajaron sobre el conflicto armado durante el siglo anterior al inicio de la Violencia: *"Diana cazadora"* o *"Pax"*, por ejemplo. Novelas que ni Mena ni los otros críticos incluyen en sus corpus. Nos parece que todas estas novelas caben dentro de una categorización más amplia de novela de la violencia; una categorización que no restrinja el fenómeno al período de 1946 a 1965, sino que lo entienda como la expresión total del conflicto armado desde el siglo pasado hasta nuestros días. Caracterización que posiblemente obligaría a incluir dentro de ella las novelas del narcotráfico y del sicariato: *"Leopardo al sol"*, *"Morir con papá"*, *"La Virgen de los sicarios"*, *"Rosario Tijeras"*, etc.

Dicha categorización es, por supuesto, válida, pero me parece que constituye un corpus inmanejable para el investigador. Creo, en todo caso, que para la labor investigativa se hace necesario delimitar con claridad el objeto de estudio y estas generalizaciones excesivas no ayudan. Además, si los historiadores han dividido en períodos más o menos específicos el estudio del fenómeno de la violencia en Colombia, los investigadores de la literatura podemos perfectamente atenernos a estas divisiones. La Violencia es una de ellas. Otros estudios deberán abocar el fenómeno de la novela de la violencia anterior a la Violencia; otros a la posterior; otros a la poesía, el teatro, el cuento, etc. Así, el conjunto de esos estudios va a dar lugar a una verdadera y profunda historia de la literatura de la violencia en Colombia. Es decir, un **estudio sobre la novela de la Violencia en Colombia** debe entenderse como parte de un, más amplio y necesario, **estudio sobre la literatura de la violencia en Colombia**.

C. Los críticos han acogido como novelas de la Violencia, textos que no hacen parte del género novela. Textos como "*Lo que el cielo no perdona*", de Ernesto León Herrera, que es una crónica acompañada de algunos documentos sustentatorios, o "*El gran Burundú Burundá ha muerto*", de Jorge Zalamea⁵ deben ser excluidos de un estudio que tenga como objeto de análisis la novela de la Violencia en Colombia. Estos son sólo dos ejemplos, pero una abundante narrativa testimonial que se ha incluido como parte de la novela de la Violencia debe ser examinada en un estudio distinto. Claro que en este punto debemos tener extremo cuidado, pues sabemos que las fronteras entre géneros son de una gran movilidad y, en ocasiones, se hace imposible definirlos. Pero la mayoría de estos textos permiten su clasificación en uno u otro lado, entre otras cosas, porque no hay un trabajo estético orientado a borrar las fronteras entre los géneros y crear la confusión. Por ejemplo, una novela como "*Viento seco*", de Daniel Caicedo, es una novela que ofrece un testimonio de sucesos reales, y en ese sentido tiene un gran valor testimonial, pero es un texto de ficción, una novela. Al contrario, "*Lo que el cielo no perdona*" es un texto que registra la experiencia de unos sucesos vividos por su autor en el registro del texto periodístico, informativo, con documentos y versiones que constatan la objetividad y veracidad de los sucesos.⁶

⁵ En carta de Zalamea a Germán Arciniegas, fechada el 15 de julio de 1952, recogida en la edición de *El gran Burundú Burundá ha muerto* y *La metamorfosis de su excelencia* de Arango Editores en 1989, páginas 77-79, el mismo autor dudaba a qué género pertenecía "esta forma de relato, poema o sátira". Álvarez Gardeazábal excluye de su estudio este texto "que todos aceptaron como novela de Violencia cuando no era sino una sátira —como el mismo autor lo reconoció personalmente en una de las cátedras que nos dictó—". (10)

⁶ En este texto tal vez lo único que pertenece a la ficción es el nombre del autor, Fidel Blandón Berrío, que ha sido cambiado por el seudónimo Ernesto León Herrera.

Precisando muy claramente el objeto de estudio e incorporando un esquema de cuatro grupos como el que aquí proponemos, podemos adelantar un estudio serio y completo sobre la novela de la Violencia en Colombia. Este será un aporte sustancial a una historia de la literatura colombiana, que nos saque de los farragosos listados de autores y textos a que nos hemos ido acostumbrando.

Notas

1. Los improvisados líderes de la revuelta se sentaron a esperar los resultados de la reunión de notables del Partido Liberal que se habían dirigido a Palacio encabezados por Carlos Lleras Restrepo, mientras el levantamiento se convertía en una corriente desbordada de destrucción. Los notables liberales cumplieron con “su compromiso de clase y su misión del momento: desactivar la rebelión, en lo posible negociarla, y en todo caso y al precio que fuera, salvar la República oligárquica. A su salida, después de un memorable traspasado, la noticia transmitida desde las emisoras, controladas ahora por el gobierno, fue: se revive la Unión Nacional, y Echandía, el representante de la oligarquía más cercano a Gaitán, es el nuevo ministro de Gobierno. Por su parte, Lleras Restrepo, uno de los más encarnizados enemigos de Gaitán, presidiría los funerales el 21 de abril. También la oligarquía estaría en el entierro de Gaitán”. (Sánchez, 1989, 135)

2. Ya el día 7 de mayo, Alberto Lleras, como jefe del movimiento, había decretado una huelga general que comenzó por el comercio de la capital y prosiguió en la industria y los bancos del país. Como hecho sin antecedentes, los industriales, los dirigentes bancarios y los gerentes propiciaron el paro cívico y aún impulsaron a los trabajadores para que dejaran de laborar, prometiéndoles que les reconocerían sus salarios. (Tirado, 1989, 125).

3. Hay que resaltar que Rojas cayó por las mismas razones por las que había caído Laureano Gómez, y que el impulsor de esta caída fue el mismo Laureano Gómez que tres años antes había salido como un monstruo ignominioso y ahora regresaba como el gran constructor de la paz. La memoria, insisten algunos, es una de nuestras más nefandas condiciones. Un punto de increíble cinismo lo constituye la declaración de Benidorm el 24 de julio de 1956, en la que Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez (que había instituido un régimen totalitario y excluyente, con todas las restricciones civiles y la censura de prensa, durante su gobierno) claman por la necesidad de “restablecer un modo de vivir en que prevaleció el afortunado equilibrio entre los derechos de los ciudadanos y la acción del Estado como delegatario de poderes limitados (...) por eso es imprescindible condenar también el abandono de las tradicionales prácticas de

pulcritud y honorabilidad, desinterés y limpieza de conducta de los funcionarios del Estado, que fue la mayor presea de nuestra historia política. De ninguna manera puede ser posible que esta generación heredera de tradiciones puras las entregue mancilladas y marchitas”. Y termina señalando que los representantes de los dos partidos políticos atenderán “no sólo a la reconquista de la perdida libertad sino la visión concreta del desenvolvimiento de las posibilidades de la inmensa mayoría de los colombianos para obtener un mejoramiento radical de sus condiciones de vida y para salvar el abismo que se está abriendo entre una corta clase social súbita o ilegítimamente enriquecida y una gran masa que cada día se empobrece más”. Y esta declaración hipócrita y desvergonzada fue aclamada por la nación y se constituyó en la simiente del Frente Nacional.

4. Cuatro anécdotas lamentables nos pueden servir para ilustrar algunos de los mecanismos de esta censura: 1. La novela “*Marea de ratas*”, de Arturo Echeverry fue perseguida, todos los ejemplares que de ella había en las bibliotecas oficiales y universitarias fueron destruidos. Esta noticia consignada por Gerardo Suárez Rendón en su texto “*La novela sobre la violencia en Colombia*”, fue confirmada por Gustavo Álvarez Gardeazábal en una nota a pie de página en su monografía de grado (12). 2. En una nota a pie de página en su libro “*Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*”, Luis Marino Troncoso afirma: “En 1959 José Francisco Socarrás y la Sociedad Colombiana de Psiquiatría organizan un ciclo de conferencias que llevó por título: ‘Radiografía del odio en Colombia’. Cinco de estas conferencias escritas por dos psicólogos, una antropóloga, un sociólogo y un sacerdote fueron recopiladas en el cuaderno No. 20 de Actualidad Cristiana, Bogotá, diciembre de 1960 (...) Al querer consultar las conferencias sicológicas no fue posible hacerlo porque el Gobierno recogió todas las revistas donde se publicaron y el Dr. Socarrás ‘no se recuerda de haberlas dictado nunca’” (78). 3. El escándalo y la descalificación inmediata del libro “*La Violencia en Colombia*”, que fue el estudio más serio que se realizó en el país en la época. Claro que el mundo académico reaccionó favorablemente ante el texto y éste fue ampliamente difundido y estudiado. 4. Escribir “*Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*”, la mejor y más completa novela sobre la Violencia en Colombia, le costó a Albalucía Ángel una sanción social de la que no se pudo recuperar: hoy en día, Ángel es una escritora casi anónima a pesar de ser una de nuestras más brillantes novelistas. (A propósito de esta novela, la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle acaba de publicar mi texto “*Historia de una pájara sin alas*”, en el que hago un análisis de la obra de la escritora.)

Bibliografía

- ÁLAPE, Arturo. *Noche de pájaros*. Bogotá: Planeta, 1984.
- ÁLVAREZ Gardeazábal, Gustavo. *La novelística de la Violencia en Colombia*. Colombia: Universidad del Valle (monografía de grado), 1970.
- . -. -. *Cóndores no entierran todos los días*. Barcelona: Destino, 1972.
- . -. -. *El último gamonal*. Bogotá: Plaza y Janés, 1987.
- ANGEL, Alba Lucía. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. España: Plaza y Janés, 1975.
- ARANGO L., Manuel Antonio. *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.
- ARISTIZÁBAL, Alonso. *Una y muchas guerras*. Colombia: Planeta, 1985.
- CAICEDO, Daniel. *Viento seco*. Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1954.
- CABALLERO Calderón Eduardo. *El Cristo de espaldas*. Buenos Aires: Losada, 1952.
- . -. -. *Siervo sin tierra*. Madrid: Alcázar, 1954.
- CEPEDA Samudio, Álvaro. *La casa grande*. Bogotá: Mito, 1962.
- COLLAZOS, Oscar. *Morir con papá*. Colombia: Seix Barral, 1997.
- ESCOBAR, Augusto. *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura Colombiana*. Colombia: Universidad Central, 1997.
- FALS Borda, Orlando (et-al.) *La violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.
- FRANCO Ramos, Jorge. *Rosario Tijeras*. Colombia: Plaza y Janés, 1999.
- GALVIS, Silvia. *Sabor a mí*. Colombia: Arango, 1994.
- GARCÍA Márquez, Gabriel. en: *Acción Liberal*. Bogotá, 2ª. época, 2:44-47, abril de 1960.
- . -. -. *La mala hora*. Buenos Aires: Sudamericana, 1969.
- . -. -. *El coronel no tiene quien le escriba*. Medellín: Aguirre, 1961.
- . -. -. *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1967.
- GÓMEZ Corena, Pedro. *El 9 de abril*. Bogotá: Iqueima, 1951.
- GÓMEZ Dávila, Ignacio. *Viernes 9*. México: Impresiones Modernas, 1953.
- HERRERA, Ernesto León. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Agra, 1954.
- MARROQUÍN, Lorenzo y José María Rivas Groot. *Pax*. Colombia: Imprenta de la Luz, 1907.
- MEJÍA Vallejo, Manuel. *El día señalado*. Colombia: Plaza y Janés, 1986.
- MENTON, Seymour. *La novela colombiana: Planetas y satélites*. Bogotá: Plaza y Janés, 1978.
- MORENO Durán, Rafael Humberto. *Mambrú*. Colombia: Alfaguara, 1996.
- MUÑOZ Jiménez, Fernán. *Horizontes cerrados*. Manizales: Tipográfica Arbeláez, 1954.

- OSORIO Lizarazo, José A. *El día del odio*. Buenos Aires: López Negri, 1952.
- OSORIO, Oscar. *Historia de una pájara sin alas*. Colombia: Universidad del Valle, 2003.
- PALACIOS, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1.875-1994*. Colombia: Norma, 1.995.
- PAREJA, Carlos H. *El monstruo*. Buenos Aires: Nuestra América, 1955.
- PÉCAUT, Daniel. "Reflexiones sobre la violencia en Colombia", en: *Violencia, guerra y paz. Una mirada desde las ciencias sociales*. Colombia: Universidad del Valle, 2001.
- RESTREPO, Laura. *Niveles de realidad en la literatura de la "Violencia" colombiana*, en: *Ideología y Sociedad*, No. 17-18 abril-sep. de 1976.
- .-. *Leopardo al sol*. Colombia: Norma, 2000.
- REYES, Catalina. "El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950", en: Tirado Mejía, Álvaro (et-al). *Nueva historia de Colombia*. Colombia: Planeta, 1.989.
- ROJAS Erazo, Héctor. *Respirando el verano*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.
- ROMERO de Nhora, Flor. *Mi Capitán Fabián Sicachá*. España: Planeta, 1968.
- SÁNCHEZ G., Gonzalo. "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias", en: Tirado Mejía, Álvaro (et-al). *Nueva historia de Colombia*. Colombia: Planeta, 1.989.
- SANÍN Echeverri, Jaime. *Quién dijo miedo*. Medellín: Aguirre Editor, 1960.
- SOTO Borda, Clímaco. *Diana cazadora*. Colombia: Imprenta Artística Comercial, 1915.
- SUÁREZ Rendón, Gerardo. *La novela sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Luis F. Serrano, 1966.
- TIRADO Mejía, Álvaro. "Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio", en: *Nueva historia de Colombia*. Colombia: Planeta, 1.989.
- TRONCOSO, Luis Marino. *Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*. Colombia: Procultura, 1986.
- VALENCIA, Alberto. "La novela familiar de 'La Violencia' en Colombia", en: *Violencia, guerra y paz. Una mirada desde las ciencias sociales*. Colombia: Universidad del Valle, 2001.
- VALLEJO, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Colombia: Alfaguara, 1994.
- VELÁZQUEZ Murillo, Rogelio. *Memorias del odio*. Bogotá: Alianza de Escritores Colombianos, 1953.
- ZALAMEA Borda, Jorge. *El gran Burundún Burundá ha muerto*. Bogotá: Arango Editores, 1989.
- ZAPATA Olivella, Manuel. *La calle 10*. Bogotá: Casa de la Cultura, 1960.

Óscar Osorio

Óscar Osorio

Profesor de la Universidad del Valle. Magister en Literatura Colombiana y Latinoamericana. Docente e investigador de la escuela de estudios literarios de la Universidad del Valle. Miembro fundador de la Fundación Literaria Botella y Luna y coeditor de la Revista *Hybrido*. Autor de *La Virgen de los Sicarios: el amor como camino* (2001), *Análisis narratológico de la Virgen de los Sicarios* (2001), *La Balada del Sicario y Otros Infaustos* (2002), *10 Poetas Latinoamericanos en USA* (2003 en Colaboración), *Historia de una Pájara sin Alas* (2003), *La Mirada de los Condenados* (2003).

oscoso@hotmail.com

Recibido en: 08/03/03

Aprobado en: 14/04/03